

May 16, 2025

Diario de Lectura



EL CÍCLOPE TOTALITARIO

NELSON RIVERA

«El ser humano no puede sentirse orgulloso del recuento que lleva a cabo Nelson Rivera en estas páginas: se trata de una historia de la ignominia del siglo *xx*, en donde se acumulan expresiones aterradoras de racismo, segregación y exterminio. En medio de semejante devastación, brilla la filosa inteligencia del autor. Un libro imprescindible que nos impide olvidar» —*Sergio Dahbar*

Colección Actualidad

DEBATE

Israel Centeno

El Cíclope Autoritario

Diario de lectura – Día 1

Pittsburgh, 16 de mayo. Día largo, denso, de esos en que la luz no aparece y uno siente que el cielo pesa más que el cuerpo. Desde temprano discutimos en una reunión los efectos inminentes de los recortes federales. Llamé a mi congresista, al senador, al vicepresidente, al presidente. No sé si sirve. Tengo la sensación —y no soy el único— de que vivimos bajo una administración que ha convertido toda crítica en campo enemigo. Salí con el ánimo a media asta, la salud resentida. Ayer, en un café de Bloomfield, le dije a un viejo amigo —escéptico declarado— que sin Dios todo esto sería mucho más arduo. Yo tengo a Dios, le dije, y eso me permite avanzar con cierta ligereza, incluso cuando mi cuerpo duele y mi futuro clínico es incierto.

Hoy comienzo la lectura de *El cíclope autoritario*, de Nelson Rivera. No lo había leído antes, aunque fue publicado en 2009, justo el año en que yo partí de Venezuela sin posibilidad de regreso. Lo vi aparecer en reseñas, supe de su existencia, pero mi exilio fue urgente, desordenado, de ruptura, y lo que no me llevé quedó como suspendido en un tiempo inaccesible. Solo ahora —quince años después, gracias a la generosidad de Vasco Szinetar— puedo saldar esa deuda pendiente con la lectura. Lo hago como quien reencuentra un libro que le había sido destinado, pero cuya lectura debió esperar que pasara la tormenta.

Lo abro, y ya en las primeras páginas me siento en casa. No en la geografía, sino en la gravedad. Rivera escribe con precisión quirúrgica, pero también con una extraña forma de compasión intelectual. Plantea de entrada que pensar la guerra en tiempos de paz es casi un contrasentido, pero también un deber. La guerra —dice— no irrumpe como relámpago, sino que se gesta en la penumbra, en la negación psíquica colectiva, en el veto emocional a concebir lo impensable. Y eso me toca directamente. ¿No fue eso exactamente lo que nos ocurrió a los venezolanos? ¿No vivimos una guerra sin guerra, una aniquilación sin trincheras, una pérdida de libertades disfrazada de épica popular?

Lo que Nelson Rivera llama emociones abstractas —nación, pueblo, patria, revolución— yo las viví transformadas en consignas, luego en armas retóricas, luego en instrumentos de exclusión. Me estremece cuando leo que “a toda guerra la precede la alta marea de la esperanza”. Qué frase. Qué exactitud para describir ese momento en que creímos que todo iba a cambiar. Y cambió, claro. Pero hacia lo más oscuro. El “hombre nuevo” terminó siendo un cíclope, sí, pero no por visión, sino por mutilación del pensamiento: una sola mirada, un solo lenguaje, una sola verdad.

Leo desde Pittsburgh, desde este lugar que hace quince años no significaba nada para mí y ahora es la ciudad donde envejezco. Me he convertido —lo dije una vez en broma— en un montañés de los Apalaches, ajeno a los pasillos editoriales de mi país, observador tardío de sus libros, lector desplazado. Esta lectura, entonces, es también una forma de regresar. Pero no con nostalgia, sino con método.

El libro de Rivera me exige detenerme. No puedo leerlo como quien busca ideas para citar. Es un texto para rumiar, para dialogar con filósofos, lingüistas, fonólogos y literatos que han alertado sobre el poder destructor del lenguaje cuando este se vuelve eslogan, cuando deja de servir para pensar y se convierte en dispositivo de dominación. Me vienen a la cabeza Arendt, Steiner, Michael Ignatieff,

incluso Simone Weil, pero también los ecos de nuestra propia tradición de pensamiento crítico, hoy tan dispersa, tan reducida a cenizas o a posts en redes que nadie lee.

El nacionalismo, el populismo, el socialismo sentimental, como bien apunta Rivera, no son ideas sino **dispositivos afectivos**. No operan en el plano de la razón, sino en el de las vísceras. En este sentido, el libro dialoga con toda una tradición de pensamiento que incluye desde la teoría del discurso de Ernesto Laclau hasta la semiótica del fascismo de Umberto Eco. Rivera desmonta con paciencia la forma en que esos aparatos simbólicos —cuando se cosifican y penetran la comunidad— pueden producir la guerra como lógica emocional inevitable. Lo dice sin tremendismo, con una lucidez que espanta.

Hoy solo puedo leer unas páginas. Mañana seguiré. Esta será mi forma de ejercer la crítica desde el exilio: **no como análisis definitivo**, sino como **diálogo diario, diario de pensamiento**, forma de acompañar una lectura que llega con quince años de atraso, pero con una urgencia que se mantiene intacta.

Los invito a seguir estas entregas, una a una, como si conversáramos juntos, bajo este cielo nublado, en una esquina de Pittsburgh donde aún queda café caliente, y donde —por más que se insista— no todo está perdido.

El cielo no ha cambiado desde ayer. La luz sigue ausente. Y aunque quise apartarme del libro —porque la densidad de lo que dice no permite una lectura ligera—, no pude. He seguido leyendo como quien abre una puerta que lo conduce, no solo al pasado, sino al presente más crudo: Venezuela en su involución, el mundo en su sustitución sigilosa del liberalismo por formas cada vez más sofisticadas de control emocional, simbólico, institucional.

Nelson Rivera, con la parsimonia de un pensador que sabe que el lenguaje no debe ceder a la urgencia, desarrolla una meditación que no es solo sobre la guerra, sino sobre **el alma política de nuestro tiempo**. Lo que llama “emociones abstractas” —ese magma compuesto por patria, pueblo, revolución, redención— ha dejado de ser patrimonio de las dictaduras clásicas para convertirse en insumos estructurales de lo que podríamos llamar **el nuevo autoritarismo afectivo**, ese que no necesita gritos ni uniformes para imponer obediencia.

Mientras leo pienso en cómo los últimos quince años han no solo **devuelto a Venezuela al siglo XIX**, sino que han confirmado que la modernidad no era irreversible. La caída del Muro de Berlín no inauguró el fin de la historia, como Fukuyama creyó, sino apenas una tregua. Lo que vemos ahora es un mundo resbalando hacia formas suaves, pero implacables, de gobierno: **el algoritmo como juez, el bulo como doctrina, el enemigo como necesidad estructural**.

Rivera lo formula así: la guerra, antes de ser cañón, es lengua. Una lengua que “reduce lo múltiple”, que “aplana”, que convierte todo en un sistema de oposiciones inapelables: nosotros/ellos, leales/traidores, matar/morir. En esa gramática binaria, la libertad no tiene conjugación posible. Solo queda el eco monocorde del eslogan. Ahí es donde entramos nosotros, los que aún escribimos, como **últimos fonólogos de la disidencia**.

Leo y subrayo: “*la lengua de la guerra tiene un propósito: aplanar, reducir, desvirtuar la realidad a lo insignificante*”. Pienso en cuántas veces se ha repetido esa operación entre nosotros. En cuántos discursos de Estado —de todos los signos— que han convertido el verbo en garrote. Esta lengua

guerrera, como explica Rivera, no comunica, **impera**. No busca el sentido, **imputa**. No interroga, **dictamina**. La guerra —nos recuerda— no empieza con bombas, sino con la lenta normalización de esa lengua hueca, rimbombante, que hace de la diferencia una amenaza.

Lo que Rivera denuncia con rigor —y sin estridencias— no es solo la maquinaria del horror físico, sino también la estetización del conflicto. En un mundo saturado de pantallas, la guerra se ha vuelto transmisible, editable, digerible. La propaganda ya no necesita decir la verdad, solo necesita tener buen diseño gráfico. Es la versión contemporánea del “control del relato” que Walter Benjamin advirtió en los años treinta: el fascismo no destruye el arte, lo convierte en parte del decorado del poder. Hoy esa estetización se hace algoritmo, trending topic, storytelling. El autoritarismo del presente no impone silencio: impone ruido. Mucho. Lo suficiente para que la disidencia se pierda en la cacofonía. Frente a eso, este libro es un ejercicio de desprogramación.

Más adelante, Rivera entrega testimonios. No son cifras ni conceptos: son cuerpos, heridas, niños descuartizados, mujeres escupidas por sus verdugos, hombres escondidos en pantanos con sus hijos a cuestas. Esos relatos (Armenia, Camboya, Ruanda, Vietnam) no pertenecen a un solo continente ni a una sola ideología. **Pertenecen al corazón oscuro del ser humano cuando el lenguaje ha dejado de ser casa y se ha convertido en campo de exterminio.**

Me cuesta leer estos fragmentos sin que el estómago se revuelva. Pero también me doy cuenta de que **no se puede pensar la política del presente sin pasar por estas páginas**. Porque la guerra ya no necesita llamarse guerra. Puede llamarse “revolución bonita”, “orden emergente”, “proyecto civilizatorio”. Puede tener voceros con micrófonos, no con rifles. Pero sus efectos son los mismos: silencio, sumisión, hambre, miedo.

Rivera nos obliga a mirar de frente lo que otros eluden con teorías funcionales o discursos conciliatorios. Nos recuerda que **la verdadera barbarie no es la que produce gritos, sino la que impone el silencio**. Ese silencio que se escucha en los relatos de quienes sobrevivieron a todo y no saben ya cómo volver a hablar.

No hay metáfora aquí. Hay exactitud. La guerra —escribe— es “la baja de Dios”, “la disolución de los contratos de lo humano”. Leer eso en 2024 es entender que **no basta con denunciar los autoritarismos de viejo cuño**. Hay que interrogar también el nuevo orden emocional que nos rodea: el que convierte la política en performance, la verdad en meme, la moral en algoritmo. Y entonces preguntarse: ¿se detendrá aquí este nuevo modelo? ¿China será su estación final o nos aproximamos a un “paraíso escandinavo” donde la libertad sea apenas una nota al pie?

Al final, esta lectura se convierte para mí en un ejercicio testimonial. No solo por lo que dice Rivera, sino por lo que despierta en mí como lector que ha visto su país hundirse sin una guerra formal, pero bajo todas sus lógicas. Leer *El cíclope autoritario* no es solo leer sobre la guerra, es leer desde una herida. Una herida que no sangra, pero que tampoco cierra. Este libro, en su sobriedad, en su contundencia sin dramatismo, me devuelve al corazón de una pregunta que ya casi nadie se atreve a formular en público: ¿Qué hacemos cuando el lenguaje ha sido secuestrado por quienes lo usan para justificar lo injustificable? Quizás, por ahora, la única respuesta sea seguir leyendo. Y escribir, aunque sea desde el margen.

Sigo leyendo. No puedo dejar de hacerlo. No con un libro así. No con esta gravedad. No con este eco que me recuerda, a cada línea, que **pensar es resistir**. Que **narrar es contradecir el eslogan**. Que cada palabra no rendida es un pequeño fuego contra la lengua de la guerra.

Mañana más.

May 17, 2025

Diario de lectura – Día 2

Israel Centeno

El Diario de Lectura

DIARIO DE LECTURA



Al leer este capítulo sobre Auschwitz, no dejo de preguntarme hasta dónde llega el mal. Hasta qué punto puede encarnarse con total naturalidad, deshumanizando a una parte de la humanidad y sobrevalorando a la otra, esa que reclama para sí la autoridad de eliminar, sin temblor moral, a los que considera indignos de existir. El horror de Auschwitz no es solo histórico: es presente. Está vivo en las formas actuales del poder, en sus discursos, en sus estrategias de exterminio que se justifican a sí mismas con el lenguaje de la legalidad, la venganza o la defensa preventiva.

No puedo evitar pensar en todas las guerras que me ha tocado presenciar a lo largo de mi vida. Vietnam, los múltiples conflictos del Medio Oriente —ya no son eventos, sino una enfermedad endémica—, Irán, Irak, Ruanda. Cada una de esas tragedias fue una escuela del espanto. Y sin embargo, aquí estamos otra vez: Myanmar. Ucrania. Gaza.

¿Dónde termina la autoridad moral en un conflicto armado? ¿En qué punto deja de ser legítima la defensa y se convierte en venganza sin límites? La guerra de Ucrania, con sus narrativas cruzadas y su maquinaria simbólica, ha perdido ya casi toda coordenada ética. No se sabe quién ocupa ya el lugar de la víctima ni quién el del agresor. Lo mismo podría decirse de la guerra de Israel. Al inicio, tras los ataques del 7 de octubre, el Estado de Israel tenía ante muchos ojos una autoridad moral indiscutible: había sido agredido brutalmente, tenía rehenes en manos de sus enemigos, estaba herido en su carne y en su memoria. La respuesta era comprensible. Algunos dirán que desproporcionada, otros la justificarán como defensa nacional. El debate era legítimo.

Pero el tiempo transcurre, y con él se diluye esa legitimidad inicial. El número de muertos se multiplica, los cuerpos se acumulan, los niños se entierran antes de aprender a hablar, y entonces algo en el lenguaje se quiebra. Ya no es retaliación. Ya no es siquiera represalia. Es castigo extendido. Es desplazamiento. Es demolición. Y es ahí donde se impone una pregunta que me tortura: ¿en qué momento la estrella de David —símbolo de resistencia, de dignidad, de “nunca más”— dejó de ser una marca en el pecho para convertirse en insignia estampada sobre tanques que avanzan sobre poblaciones civiles? ¿No deberíamos preguntarnos también si esa estrella —símbolo de identidad, de dolor, de orgullo— ha sido puesta ahora, sin que muchos lo adviertan, en otro lugar, quizás más sombrío?

Nelson Rivera lo anticipa en su texto con brutal claridad. Habla del silencio del campo como una lengua rota. De ese momento en que se cancela el eco, se expropia la atmósfera, se institucionaliza la humillación. Cita a Ivan Klíma, a Antelme, a Elie Wiesel. No por erudición, sino porque sus palabras son llaves que abren la puerta a lo inenarrable: la ruina del alma humana. *La guerra —nos dice Rivera— no es una excepción. Es la normalización de la infamia. La construcción de una gramática donde matar deja de ser crimen para volverse destino.*

Y mientras leo estas páginas, tan rigurosas, tan dolorosas, tan ciertas, me asalta una tristeza inmensa. Porque no estamos a salvo. Porque seguimos fabricando enemigos. Porque el ciclo se repite. Porque el odio encuentra siempre nuevas formas de decirse, de legitimarse, de celebrar su eficacia.

Este libro, lejos de ser un tratado, es un espejo. No de lo que fuimos, sino de lo que podríamos seguir siendo. Leerlo en 2024 no es un ejercicio académico: es un acto de conciencia. Y, a ratos, de duelo.

Otro punto que no puedo dejar de interrogar, a la luz de estas páginas sombrías, es el de la presencia o ausencia de Dios. ¿Estuvo realmente ausente? O, más incómodo aún: ¿estuvo ahí, pero guardó silencio?

Desde el momento en que los nazis tomaron el poder, no ocultaron sus intenciones. El exterminio estaba anunciado, escrito, vociferado. No hubo sutilezas. Muchos judíos —quizás los que mantuvieron un sentido de supervivencia más despierto, o menos apegado a lo tangible— huyeron. Y al hacerlo, salvaron la vida. No fueron héroes, ni mártires, ni profetas: fueron simplemente hombres y mujeres que leyeron los signos del tiempo y eligieron la fuga.

Y sin embargo, ¿qué hacer con los otros? Con los que no huyeron. ¿Qué hacer con quienes se quedaron, no por torpeza, sino por una fidelidad emocional o intelectual a una idea de Alemania, de Europa, de civilización? Creyeron, con ingenuidad o con desesperación, que esa nación no podía llegar al horror. Que había algo en su raíz —la música, la filosofía, la lengua, la literatura— que impediría el delirio absoluto. Pensaron que aún existía un freno moral. Que la noche no podía ser tan larga.

Pero llegó la Kristallnacht, la Noche de los Cristales Rotos. Y aun entonces, muchos dudaron. Esperaron. Se apegaron. Siguieron creyendo. ¿Era esperanza? ¿Era soberbia? ¿Era un instinto de arraigo más fuerte que el miedo?

No es una pregunta para juzgar. Es una pregunta que nos persigue a todos. **Porque si algo enseña la historia es que la huida también requiere fe.** Y la fe, como nos recuerda Wiesel, no siempre es luminosa. A veces la fe es no querer mirar.

Cuando leo a Rivera hablar del silencio del campo, del **“robo a la atmósfera de la propiedad del eco”**, pienso también en ese otro silencio: el que se produce cuando un pueblo entero no reacciona a tiempo, porque aún cree en la posibilidad de un pacto con la razón.

¿Y Dios? ¿Dónde estaba? Quizás, en la voz que susurraba a cada uno: “Huye”. Y que algunos pudieron escuchar y otros, por amor, por apego, por cultura, no pudieron o no quisieron obedecer. Y entonces fueron devorados por la maquinaria de lo indecible.

Y lo otro, lo que no puedo callar, es esta culpa que me roe: la culpa de juzgar desde aquí, desde esta comunidad tranquila donde tengo agua, abrigo, seguridad, internet y café. **Desde este siglo que ya no parece siglo, sino fragmento, parodia, sombra.** Me pregunto si tengo derecho a pensar lo impensable desde este lugar, desde esta paz que se parece tanto a la indiferencia. Porque todas las alarmas están sonando. No en las calles, sino en los flujos de información, en los contratos digitales, en la arquitectura invisible de la obediencia.

Todo indica que nos están volviendo data, y que la data no duele cuando se elimina.

Eliminar data no causa gritos. No deja huellas. No tiene sangre. Solo se hace clic.

Y con ese clic —eficiente, limpio, sin resistencia— se termina.

Entonces me callo. O escribo. No sé si para resistir o solo para no desaparecer también.

Diario de lectura – Día 3

Written by
[Israel Centeno](#)
in
[Uncategorized](#)

‘Ser testigo hoy, en un mundo
es enfrentar la ‘dataficación’
convertido en mero reservorio
de datos sin tono ni rostro.’

Así escribe Nelson Rivera.
Aquí: la sombra del exterminio
físico frente a nuestra
disolución en cifras.



El Cíclope Totalitario

Israel Centeno

Es domingo. Fui a misa. Comprendo por qué, desde el cura hasta la mujer de clase media y el homeless, todos debemos reconocer nuestra culpa y pedir misericordia. Hablando con David y repasando mi vida, le decía que había llegado a viejo sin haber matado a ningún hombre. Luego, en una revisión de conciencia más honda, me pregunté si no los habría matado por omisión, dentro del marco de las grandes tragedias humanas, de todos los horrores de los que he sido testigo.

Hoy entendí con una claridad que solo concede la madurez espiritual, el sentido del pecado original y la necesidad de un salvador. Comprendí por qué estamos rotos. Por qué no basta con tener buena voluntad o buenas ideas. Comprendí por qué Auschwitz no termina en 1945. Porque su lógica ha mutado, y hoy opera con formas más sutiles: ya no se necesita la infraestructura de los campos para perpetrar el olvido. Basta con que se suprima un expediente, se niegue un derecho, se silencie una historia. Comprendí esto mientras leía los pasajes de Nelson Rivera donde Auschwitz no es un lugar del pasado, sino un lenguaje presente: “el alfabeto del campo”, dice, “no tiene comercio alguno con la vida”. Ese alfabeto —ese dispositivo de aniquilación simbólica— se parece mucho al lenguaje administrativo de nuestros días: expedientes, bases de datos, algoritmos. Si ayer se marcaban brazos, hoy se asignan códigos. Si antes se destruía con fuego, ahora se elimina con clics. Lo entendí, no desde el dramatismo, sino desde la exactitud moral del testimonio. Comprendí que ser testigo en esta época exige también resistir esa forma nueva de desaparición: la del alma digitalizada y descartable. Comprendí que la memoria no es un pasatiempo intelectual, sino un deber moral.

Al leer los pasajes sobre el genocidio armenio y Auschwitz, uno no puede evitar la punzada en el pecho. La historia se repite, no como farsa, sino como abismo. Armenia, Polonia, Camboya, Ruanda, Yugoslavia, Siria, Ucrania. Más de cien millones de seres humanos en el siglo XX, uno a uno, uno tras otro, reducidos a cenizas por la desproporción, por una voluntad de aniquilación que no necesita razones, solo excusas. Auschwitz no fue un episodio, sino una fractura en la modernidad. Una herida que aún sangra bajo la corteza de nuestra civilización. Auschwitz es la ausencia de Dios, o su silencio, o su juicio. Es el fin del lenguaje. El punto donde toda explicación se vuelve obscena.

Y sin embargo, allí están los testigos. Las voces. Los libros de Primo Levi, de Wiesel, de Antelme, de Semprún. Esos textos no explican el horror. Lo sostienen. Lo transmiten. Nos obligan a mirar. No hay filosofía que pueda competir con la potencia moral de esas memorias. No hay teoría política que pueda sustituir el testimonio de un cuerpo torturado que escribe, que recuerda, que no concede el perdón porque no puede, porque no le pertenece.

Hoy leí también sobre Simone Veil. Su regreso a Auschwitz. Su firmeza al decir: “No, nunca he perdonado”. No por odio, sino por respeto. Porque perdonar colectivamente una monstruosidad sería trivializarla. Veil supo que el compromiso con la memoria exige más que reconciliación. Exige verdad, exige testimonio, exige continuidad.

Y aquí estoy, en Pittsburgh, intentando acompañar esa continuidad. Pensando en los campos de exterminio no como un recuerdo remoto, sino como una posibilidad latente en toda sociedad que idolatra al poder, que erotiza la obediencia, que estetiza la violencia. Hay campos sin alambradas. Hay exterminios que no huelen a carne quemada. Hay silencios que duelen igual.

Hoy también entendí que mi lugar no es el del juez. Es el del testigo. Y que el testigo no es neutral: toma partido por la víctima. El testigo se niega a olvidar. El testigo se rehúsa a volverse dato. Porque nos están volviendo dato. Porque la desaparición hoy no siempre ocurre con balas, sino con clics. No hay necesidad de campos de concentración cuando basta con suprimir a una persona de los registros oficiales, invisibilizarla en los sistemas, reducirla a una línea de código eliminada sin ceremonia. Por ejemplo: cuando un gobierno elimina el expediente migratorio de un refugiado con solo presionar un botón, no hay cuerpo que caiga, pero sí una vida que se evapora de los sistemas. No hay crimen visible, pero sí un borrado total. Es un exterminio sin humo, sin cámaras de gas, sin huellas. La violencia ya no necesita armas si tiene algoritmos. Por ejemplo: cuando un gobierno elimina el expediente migratorio de un refugiado con solo presionar un botón, no hay cuerpo que caiga, pero sí una vida que se evapora de los sistemas. No hay crimen visible, pero sí un borrado total. Eliminar data no deja sangre, pero borra historias. Borra voces. Borra humanidad.

Y entonces escribo. Escribo porque necesito mantener viva la lengua del testimonio. Escribo porque el silencio, en estos tiempos, puede ser complicidad. Escribo como quien reza, como quien enciende una vela en la oscuridad, sabiendo que quizás no alumbra mucho, pero que al menos arde.

Diario de lectura – Día 4 Israel Centeno

No es una reseña. No podría serlo. Es un sobresalto.

Hoy no he leído, he descendido. Me he asomado al inventario de horrores que Nelson Rivera enumera como quien intenta sostener una vela encendida en mitad del viento. No hay concesiones. No hay resúmenes. Hay fechas que huelen a pólvora, palabras que cargan cadáveres. No se trata de una cronología histórica sino de un descenso ético al corazón en ruinas del siglo XX.

Cada párrafo de esta "Ruta bolchevique" es una lápida. Cada línea, una tumba sin nombre. Rivera no busca ilustrarnos: nos sacude. Nos exige acompañarlo a un territorio donde la humanidad ha fallado sin matices. Y no una vez, sino tantas que el horror dejó de ser excepción para volverse método.

Leemos el siglo XX, y lo que emerge no es el progreso, sino el espanto. En lugar del inventario de conquistas —tecnológicas, políticas, intelectuales— lo que tenemos es una letanía de exterminios. Armenia, Alemania, Rusia, China, Camboya, Ruanda, Yugoslavia. La humanidad, como quien recita un salmo perverso, ha ensayado todas las formas posibles de desaparición. Y uno queda ahí, preguntándose si la redención aún tiene lugar en esta historia, o si ya todo fue resuelto —y no precisamente hacia el bien— con la institucionalización global del populismo autoritario y el totalitarismo tecnocrático.

No estamos frente a una enumeración neutra. Rivera escribe desde la conciencia. Desde esa zona del lenguaje donde no hay distancia posible. Y entonces entendemos que el dilema espiritual del siglo XXI no es solo recordar, sino resistir. ¿Cómo resistimos a la tentación de justificar, de relativizar, de administrar el mal como si fuese una variable del desarrollo?

Hay algo espeluznante en esa idea que se desliza, apenas, entre los párrafos: que ya no necesitamos campos de concentración porque el control está en los algoritmos. Que no hace falta marcar los brazos cuando podemos clasificar cuerpos mediante metadatos. Que basta un clic para invisibilizar a alguien de la historia, de la ciudadanía, del lenguaje. La lógica de Auschwitz, mutada, sobrevive en las planillas, en las bases de datos, en los protocolos de exclusión. El exterminio ha dejado de tener olor a gas y ahora huele a burocracia eficiente.

Los años nefastos que Rivera documenta no han terminado. Simplemente han cambiado de escenografía. Ya no necesitamos camisas pardas cuando tenemos plataformas. No hace falta una Gestapo si basta con un software de rastreo. El totalitarismo, hoy, no

grita: susurra desde nuestras pantallas. El horror ya no se impone con botas; se desliza entre términos y condiciones.

Y entonces comprendo, con esa mezcla de rabia y lucidez que da la lectura intensa, que si algo se espera de nosotros hoy es el gesto del testigo. No el testigo que archiva. El que recuerda. El que escribe. El que no se rinde al lenguaje de la indiferencia. Porque, como lo sugiere Rivera sin decirlo, escribir ya no es solo un acto de pensamiento. Es un acto de resistencia. Una forma de custodiar lo humano.

No sé si este mundo tiene redención. Pero sé que mientras haya libros como este, y lectores que no pasen la página sin detenerse, aún hay esperanza. O, al menos, memoria.

Algo se respiraba distinto en la atmósfera de Europa antes del colapso. Europa le rendía culto a la conversación. Se dialogaba. La palabra guardaba todavía un prominente influjo en todos los actos humanos. Los cafés le otorgaban categoría a las ciudades. Crecía la clase media, los espacios urbanos se adaptaban a la creciente necesidad de encontrarse y soñar el mundo por venir. Escribe Stefan Zweig en ese libro imprescindible que es *El mundo de ayer*. *Memorias de un europeo*: «Si busco una fórmula para definir la época de antes de la Primera Guerra Mundial, la época en que crecí y me crié, confío en haber encontrado la más concisa al decir que fue la edad de oro de la seguridad».

No solo en Austria (el ambiente del que habla Zweig). 1900 fue un año extraordinario: se abre la Exposición Mundial de París, se inaugura el Metro en la misma ciudad, Alfred Dreyfus es indultado y Freud publica *La interpretación de los sueños*. Al año siguiente Guglielmo Marconi logra enviar una señal de radio desde Inglaterra hasta Estados Unidos. Stanislavsky dirige *Las tres hermanas*, de Chéjov, en el Teatro de Arte de Moscú. Por primera vez se entregan los Premios Nobel. Wells publica *Los primeros hombres en la luna*. Landsteiner descubre los grupos sanguíneos. Rachmaninoff presenta su *Concierto n.º 2 para piano*.

1902 es el año en que Debussy lleva las pesadillas de Poe a la escena y estrena la ópera *Pelleas y Melisanda*. En Londres se lanza el *Time Literary Supplement*. En 1903 Rilke escribe *Las cartas a un joven poeta*, y Matisse pinta *La alegría de vivir*. El húngaro Joseph Pulitzer crea los premios que llevarían su nombre. 1904 es de extraordinaria cosecha: Conrad, ocupado de los mares del mundo, publica *Nostromo*. Chéjov estrena *El jardín de los cerezos*. En la Dresde de 1905 germinaba el ansia que se haría patente en el Expresionismo. Einstein publica su *Teoría de la relatividad*. En Estados Unidos el profesor negro William Edward Burghardt du Bois se pone al frente de la lucha contra la discriminación racial.

El catalán Antón Gaudí diseña la Casa Batlló en 1906, el primer paso hacia la magnífica Barcelona que conocemos hoy. Picasso pinta *Las señoritas de Avignon* y de allí se proyecta el cubismo. Un año después el rumano Brancusi esculpe la obra de la que germinará la abstracción: su monumento funerario llamado *La oración*. Los años que siguen hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914, y todavía más allá, hasta

la irrupción de la Revolución Rusa, mantienen el esplendor del horizonte. Diaghilev funda la compañía de ballet que aglutinó a Nijinsky, Pavlova y Stravinsky, cuyo eco todavía nos alcanza. En Praga se multiplicaban las conferencias sobre los nuevos conocimientos y se abrían cafés como el City o el Corso, que Franz Kafka frecuentaría en sus días más plenos. Son los años de Eliot, Mann, Marinetti, Jung, Mahler, Griffith, D'Annunzio, Kandinsky, Pavlov, Chesterton, Jarry, Duchamp, Klee, Bartok, Proust, Husserl, Joyce, Ortega y Gasset, Chagall y Bertrand Russell.

Pero he aquí que la luz del entusiasmo ilustrado no era la única que se movía sobre la superficie y el ánimo de Europa. Vano sería hoy reclamarlo: pero otros textos, otros sentimientos, ilusiones y malestares se caldeaban a fuego lento detrás de los bastidores. Otras naturalezas se contorsionaban en la periferia. Entonces fueron casi invisibles para la visión del mundo y la percepción que compartían las clases ilustradas. Solo cuando la guerra fue inminente, y más tarde cuando el caos se extendió por la enorme Rusia, fue claro para los más lúcidos que aquel orden que Occidente había heredado del siglo XIX se tambaleaba, pendía al filo de un barranco, a punto de desplomarse.

No es una reseña. No podría serlo. Es una consternación.

Leí el episodio de Pedro I, el Grande, pronunciando su célebre proclama sobre la llegada de la Ilustración a Rusia. Me quedé detenido, como quien observa una grieta extenderse por una superficie aún entera. La promesa era clara: abrir la patria rusa al pensamiento moderno, permitir que las luces de Europa llegaran a una tierra sumida por siglos en el lodo de la servidumbre. Había en esa declaración algo profético, pero también trágico. Como si Pedro, al invocar a Kant y a Montesquieu sin nombrarlos, hubiera abierto un cauce que luego sería cegado a golpes de represión y muerte.

Nelson Rivera nos lleva a través de esa grieta. Lo que hace en su recuento de la historia rusa no es solo trazar una línea evolutiva de acontecimientos, sino exponer la fractura moral de un proyecto que, naciendo en nombre de la Ilustración, devino en el horror sistemático del estalinismo. Es esa mutación la que estremece: cómo las promesas de igualdad y dignidad, dirigidas a millones de campesinos esclavizados, terminaron convertidas en consignas que justificaron su represión. La lógica de Pedro I, al ser pervertida, alimentó las fauces del nuevo Leviatán soviético.

Lo que uno percibe en la lectura de Rivera es que la Revolución Rusa no puede entenderse como un simple levantamiento político. Fue el desenlace de una desesperanza secular, y esa desesperanza —ese humus podrido de siglos de hambre y exclusión— fue el combustible perfecto para una maquinaria que, una vez encendida, no detuvo su impulso ni ante el dolor ni ante la razón. La intelligentsia, nacida al abrigo del humanismo ilustrado, fue triturada con particular saña. Porque ya no bastaba con doblegar cuerpos: había que exterminar ideas.

Y eso nos obliga a mirar con otros ojos. La Ilustración, pensada como promesa emancipadora, puede volverse contra sí misma si no arraiga en la ética. Cuando el Estado hace suya la razón sin límites, y se disocia del alma, lo que brota no es libertad, sino su parodia: una racionalidad instrumental que justifica el crimen en nombre del pueblo.

Los nombres que Rivera no necesita repetir están en la atmósfera del texto: Radischev, Herzen, Bakunin, los disidentes, los que fueron deportados a Siberia por escribir poemas, por enseñar latín, por sugerir que la servidumbre era inmoral. El siglo XIX ruso, leído desde esta clave, es una lucha entre la palabra y el látigo. Y en 1917, el látigo cambió de mano, pero no de función.

Entonces entendemos que la "ruta bolchevique" es una traición larga. Una cadena de iluminaciones frustradas, de ideas asesinadas antes de alcanzar su forma. El drama no es solo que los zares gobernaban con puño de hierro, sino que quienes los derrocaron replicaron la misma arquitectura del miedo. Solo sustituyeron el icono del altar por el retrato de Lenin.

Y volvemos a Rivera. Lo que su libro plantea, sin imponerlo, es que el siglo XX debe ser leído no solo como la lucha entre fascismo y comunismo, sino como el desplome de una promesa ilustrada. No se trata de elegir un bando, sino de advertir que, en ambos extremos, el precio de la utopía fue el cuerpo del otro. El disidente, el campesino, el poeta, el niño. Todos sacrificados en nombre de un futuro que nunca llegó.

Leer esto en 2024 no es un ejercicio de nostalgia crítica. Es una advertencia. Porque el nuevo lenguaje del poder ha aprendido a camuflarse. Ya no habla con dialecto marxista ni fascista. Habla en nombre del progreso, de la conectividad, de la eficiencia. Pero sigue exigiendo lo mismo: sumisión. Y cada vez que renunciamos a pensar por cuenta propia, cada vez que cedemos el lenguaje a las plataformas, volvemos a cerrar el cerrojo que Pedro I intentó abrir.

Entonces escribo. No para explicar la historia, sino para resistir su repetición. Porque el horror, si no se nombra, regresa. Porque el lenguaje —como lo sabía Radischev, como lo sugiere Rivera— es el último lugar donde puede resguardarse la dignidad humana.

Y porque la promesa de la Ilustración sigue en disputa. No está muerta. Solo está, por ahora, secuestrada.

Por vez primera muchos veían la electricidad. Aquí y allá colgaban en varios puntos de los edificios de la avenida Nevsky, montajes de luces que rogaban «Dios salve al zar». En las proximidades del Palacio de Invierno el peatón era abrumado por tiras de colores azul, blanco y rojo, simbólicas de la dinastía. El águila bicéfala, la marca Romanov, parecía vigilar cada movimiento de invitados y transeúntes. Nunca, decían los espectadores de paso, se había visto tal congestión de lujosos tiros de caballos.

Celebraban los 300 años de la dinastía en San Petersburgo. En 1913 se cumplían tres siglos desde que Miguel Romanov había accedido al poder. Príncipes y dignatarios de Armenia y Georgia, de Polonia y Lituania, habían llegado con sus potentes carrozas y sus pequeños ejércitos de escoltas. Los sectores más politizados de la sociedad, perseguidos y acorralados, cuando no presos o asesinados, no celebraron. No solo ellos: eran muchos los rusos, incluso en ciudades alejadas y pueblos remotos, que guardaban un sordo silencio. Mudo contagio, en todas partes había personas que compartían la misma intuición: nunca más volverían a presenciar poder semejante.

La monarquía agonizaba. La casta de los privilegiados vivía cada vez más dissociada de la realidad. Ningún sentimiento público tenía tantos adeptos como el odio a los Romanov. El poder hacía uso ilimitado de su siniestro almacén de recursos: reprimía, cambiaba las leyes, inventaba expedientes, detenía, deportaba, asesinaba.

En marzo de 1901, una revuelta de estudiantes constituyó un aviso de que el creciente malestar no se limitaba a la amplia capa campesina, sino que se había instalado en las barriadas de las ciudades. Estupidez, el salón lleno de perversos consejeros, cálculos militares infundados, informes de espionaje en los que predominaba la vanidad, Nicolás II decidió declarar la guerra a Japón en 1904: su país sufrió ambas cosas: la derrota y la humillación: el mito del régimen invencible había doblado las rodillas ante un enemigo más pequeño, organizado y decidido.

Poco duró la cohesión patriótica. Todavía hay quienes se preguntan cómo fue que en 1905, la insurrección que se desató en el mes de enero no provocó la caída del zar. Más de 500 muertos y miles de heridos fue el resultado del Domingo Sangriento, la marcha que intentó llegar hasta el Palacio de Invierno a pedir reformas y que fue recibida a tiros. En las calles se vive un ambiente de crisis. Potemkin se llamaba la mítica nave de guerra cuyos marinos se amotinaron en contra de las condiciones en las que operaban, en junio de ese mismo año. La noticia deriva en una huelga general en Odesa.

Octubre de 1905 constituye el inicio de lo que más tarde será una de las más severas y quizás vanas interrogantes del siglo XX: ¿Hubiese sido distinto el destino de las vidas de millones de seres humanos, dentro y fuera de Rusia, si Nicolás II hubiese escuchado la angustiada modulación que tenía el grito, el desespero sin final de aquel enorme pedazo de la sociedad que vivía más allá de su comprensión? La derrota ante Japón, la masacre de los estudiantes, una huelga general que atraviesa y paraliza al país durante meses: buena parte de la sociedad exige cambios, otra vida. La autocracia absolutista deviene en una monarquía seudo constitucional, siempre bajo el control del poder real. En septiembre los marxistas habían creado un Soviet (Consejo de diputados obreros), que se erigió como un organismo local de autogobierno revolucionario. Nicolás II firma el Manifiesto de Octubre, en el que se autoriza la creación de un parlamento (Duma) y se conceden algunas libertades civiles.

Gatopardo: Fundada en 1906, la Duma fue disuelta en 1907. Se han escrito tratados solo para explicar los vaivenes, conspiraciones y dificultades del poder monárquico para

convivir y aceptar a otro poder, que limitara su ejercicio. 1905 es apenas el posible inicio de un expediente que se fue alimentando en los años posteriores, hasta que todo estalló en 1917. Su tema más profundo no es el debate de Duma contra Monarquía. Es la tragedia del poder absoluto condenado a derramar sangre, ya que él porta la enseña más intolerable para el género humano: la desesperanza, el argumento de que hay un poder único e invencible, contra el que nada es posible

.

Al cerrar la "Ruta bolchevique" en el libro de Nelson Rivera, no siento alivio. No hay redención en estas páginas. Solo una lucidez quemante que no concede tregua. La historia que allí se narra —sin solemnidad y sin sentimentalismo— es la del poder como disolvente moral. No importa el ropaje ideológico: el resultado es el mismo. Las banderas cambian, pero la sangre permanece.

El itinerario que Rivera traza desde Pedro I hasta el colapso del Imperio Romano y la gestación del totalitarismo soviético no es una saga, es una radiografía. La historia no avanza: se contorsiona. A veces, se disfraza de promesa. Otras, de orden. Siempre vuelve a lo mismo: al culto del poder por el poder. A la lógica del exterminio como gestión de lo humano. A la cancelación del individuo en nombre de una causa mayor, incuestionable, sacralizada por el miedo o el dogma.

Lo que más me impresiona no es la crueldad, sino su eficacia. Su capacidad de producir lenguaje. De crear belleza estética incluso desde la violencia. De maquillar la muerte con conceptos: redención, pueblo, revolución, pureza. Rivera desarma ese aparato. No con ira, sino con bisturí. Y al hacerlo, nos devuelve una palabra que parecía inservible en este siglo: discernimiento.

Porque el horror de los soviets, como el de los nazis o el de cualquier régimen que haya erigido su fortaleza sobre el cadáver de los débiles, no se perpetra solo con balas. Se instala en la conciencia, en el habla, en la administración. En el decreto, en el pasaporte, en el archivo. En la educación que disfraza la mentira de historia. En la obediencia que se aprende desde la cuna.

Entonces uno comprende que la revolución que prometía justicia fue, en su médula, una máquina de borrado. Que el proyecto de igualdad se convirtió en sistema de purgas. Que el sueño de fraternidad terminó generando una nueva casta de intocables: los comisarios de la verdad, los guardianes del archivo, los editores de la memoria.

El cierre de la Ruta Bolchevique, como lo expone Rivera, no ofrece consuelo. Pero sí exige un tipo de responsabilidad radical: la de no sumarse nunca más a ningún fervor que prometa el paraíso a costa del prójimo. La de rechazar toda utopía que no incluya, desde el inicio, el límite ético. La de escribir, una y otra vez, desde el margen, desde el hueco que queda cuando el Estado lo ocupa todo.

Cierro este capítulo como quien apaga una lámpara que ha iluminado más de lo que el ojo puede soportar. Y sin embargo, sabiendo que no se puede volver a la oscuridad. La

historia no se deslee. El siglo XX nos ha enseñado eso: que las palabras importan. Que el lenguaje, en manos del poder, puede matar. Que escribir —cuando se escribe con conciencia— es una forma de no asesinar.

Diario de lectura – Día 5

Esta lectura se siente como asomarse a una pesadilla recurrente de la humanidad: el momento en que el ser humano organizado, envuelto en el orgullo de la civilización, despliega su capacidad para el horror. ¿Es la naturaleza humana o la seducción del poder lo que lleva a las civilizaciones a deshumanizar al otro, a borrar la diferencia bajo el disfraz de “civilizar”, de hacer que otros crean, piensen y vivan como nosotros?

Si el cristianismo nos ofreció un mandamiento simple —*Amaos los unos a los otros*—, ¿cómo es posible que sigamos luchando por ver al otro no como obstáculo o trofeo, sino como rostro, como vida, como hermano? ¿Qué marco ético puede reemplazar ese llamado al amor si no logra despertarnos? ¿Qué camino hacia la salvación queda cuando el abismo se vuelve rutina?

Millones de víctimas han convivido con suicidas. Lo saben: incluso cuando se detectan señales, la decisión de quitarse la vida siempre irrumpe como una parálisis repentina, intocable, cegadora. Sin embargo, nadie se sorprendió cuando Adolf Hitler se quitó la vida. Muchos alemanes lo esperaban. El propio dictador había vinculado muchas veces la derrota militar con el suicidio.

Cuando el general Paulus anunció la rendición en Stalingrado en febrero de 1943, Hitler respondió con frialdad: “*Debió haberse suicidado.*” Su propio suicidio no fue un drama, sino un guion preparado desde hace tiempo, cuidadosamente montado, casi cinematográfico, como señaló Trevor-Roper. Fue el acto final de una ópera totalitaria: *victoria o muerte*.

Hitler encarnó un rasgo aterrador del totalitarismo: convertir la biografía personal en modelo del Estado. Pintor frustrado y soldado amargado, se proclamaba el “auténtico soldado alemán”, ladrando órdenes a generales que despreciaban su arrogancia. En junio de 1941 lanzó la invasión de Rusia, contra la voluntad del alto mando militar. Más tarde asumiría el mando supremo de las fuerzas armadas, borrando la línea entre partido y ejército.

Para 1942, el impulso militar alemán se desmoronaba. Hitler se negaba a escuchar. Destituyó, encarceló o ejecutó a los oficiales que decían la verdad. La ofensiva fallida de las Ardenas en 1944 selló la condena: 80,000 bajas alemanas. Sus delirios se profundizaron. Vagaba por el búnker, tembloroso, drogado, privado de sueño. Su cuerpo delataba su decadencia: un brazo torcido, un andar arrastrado, murmurando para sí mismo.

Mientras Berlín ardía, Hitler hablaba de perros, de traición y de los métodos más “honorables” para suicidarse.

La Wehrmacht era un fantasma. Adolescentes y ancianos eran reclutados para defender ruinas con fusiles vacíos. A inicios de 1945, los soviéticos avanzaban sin freno. Berlín era escombros:

cada ciudadano reducido a treinta metros cúbicos de ruinas. Aun así, la propaganda nazi gritaba: “Tenemos armas secretas. Venceremos. El Führer está más inspirado que nunca.”

El 20 de abril, en el cumpleaños de Hitler, toda esperanza se había desvanecido. Dignatarios acudieron a suplicarle que huyera de Berlín. Se negó. El 22 de abril, en una conferencia final, gritó durante tres horas y luego declaró: “*Esto se acabó.*” Anunció su intención de morir en Berlín.

Lo que siguió fue teatro, monstruoso en escala. Eva Braun se unió a él. Se casaron. Goebbels se preparó para asesinar a sus seis hijos. Se distribuyeron cápsulas de veneno. Hitler dictó un testamento lleno de las mismas frases vacías de *Mi lucha*. A las 3:30 pm del 30 de abril de 1945, un disparo lo terminó todo. Hitler se disparó. Eva mordió una cápsula de cianuro. Sus cuerpos fueron quemados como él lo había ordenado. Los últimos ritos de un régimen construido sobre cenizas, que terminó en fuego.

Ese mismo día, las tropas soviéticas tomaron el Reichstag. Berlín cayó. Lo que quedaba de la élite nazi se apresuró a buscar coartadas, identidades falsas, salidas secretas. El suicidio de Hitler, lejos de ser un martirio noble, fue la última mentira de una vida de delirios.

Un dictador que nunca visitó una ciudad bombardeada, que nunca miró de frente la guerra que desató, había masticado su propia muerte mientras su pueblo moría en sótanos empapados de aguas negras y terror.

El telón cayó sobre la pesadilla no con un rugido, sino con el suspiro de la carne quemada. Sobre los huesos de millones, entre las ruinas de Europa, el sueño racial, totalitario y genocida colapsó en su verdadera forma: un crimen irredimible contra el espíritu humano.

Diario de lectura – Día 6

Leer *El libro de la asfixia* no es leer un documento político. Es leer una respiración interrumpida. Una pulsación atrapada en la garganta de un país. Me cuesta incluso llamarlo texto, porque lo que uno recibe, lo que se instala en el pecho mientras avanza, es un dolor áspero: el descubrimiento de una voluntad de dominación que no se satisface con el poder clásico, sino que apunta a la captura absoluta del alma.

En el clima húmedo y enrarecido de la Venezuela de hoy, *El libro de la asfixia* no es solo memoria de un proyecto constitucional fallido. Es la radiografía del sueño totalitario: ese que no se conforma con gobernar cuerpos, sino que aspira a suprimir toda interioridad, toda subjetividad, todo espacio de sentido que no haya sido previamente autorizado. No es el viejo Leviatán, sino su mutación más sutil y letal: el *si se me ocurre* como principio de legalidad.

No se trata de una hipérbole. La lectura va desplegando, con una frialdad quirúrgica, la lógica de un dispositivo que no necesita declarar la guerra para instaurar el campo. Que no necesita uniformes para convertirnos en batallones. Que no requiere de una ideología para hacernos piezas. Cada gesto del “ilimitado” es una performance de captura. Cada palabra suya contiene la

promesa de una reconfiguración total del mundo: una geocélula, una nueva cartografía simbólica, un nuevo orden de lo decible y lo vivible.

He sentido, al leer, que ya no se trata de oponer derechos a arbitrariedades. Que ese lenguaje nos queda corto. Lo que está en juego es otra cosa: la posibilidad misma de tener un alma no administrada. Una conciencia que no haya sido absorbida por el programa del ilimitado. Me he sentido, como lector, interpelado en lo más íntimo: no como ciudadano, sino como ser hablante, como criatura capaz de deseo, de resistencia, de fe.

Lo que *El libro de la asfixia* pone en evidencia es que el totalitarismo del siglo XXI no necesita del rugido: le basta con la administración. Con la data. Con la ubicación exacta de nuestras necesidades. Con saber qué compramos, dónde vivimos, a quién seguimos. No busca matar, sino sofocar. Hacer la vida irrespirable hasta que uno mismo se convierta en su propio carcelero.

Y entonces vuelvo al principio: si el mandamiento cristiano era amar al otro, ¿qué es lo que ha fallado en nosotros para que estemos dispuestos a sacrificarlo en nombre de cualquier ideología, cualquier proyecto, cualquier patria? ¿Cómo es que hemos olvidado lo esencial: que sin rostro, sin prójimo, sin compasión, no hay humanidad?

El libro de la asfixia no solo diagnostica el mal. Nos lo acerca. Lo mete en casa. Nos recuerda que el campo puede empezar en la calle donde vivimos. Que basta una consigna para que alguien registre tu nombre en una lista. Que basta una escasez para que alguien defina si comes o no.

Hoy he entendido que la resistencia ya no es solo política. Es ética. Es espiritual. Es una decisión radical de no convertirse en parte del coro que grita. De no volverse pieza. De no aceptar la vida como mera supervivencia.

Resistir, hoy, es orar. Es escribir. Es mirar al otro con ternura. Es leer sabiendo que cada página puede ser el último espacio donde el alma respira.

No sé si haya salvación. Pero mientras haya escritura que desenmascare la mentira, que nombre al ilimitado sin temor, que recupere el espesor de lo humano, habrá una posibilidad. Aunque sea remota. Aunque sea una brasa en la intemperie.

A medida que avanzo en estas páginas, una pregunta se vuelve ineludible: ¿Qué le ha sucedido al ser humano que, habiendo conocido el mandato del amor, haya preferido una y otra vez el régimen del sometimiento? ¿Por qué se ha hecho tan difícil para nosotros convivir sin anular al otro, sin colonizar su deseo, sin reducirlo a enemigo, cifra, variable o amenaza?

Pienso, con inquietud, en la cesura espiritual de Occidente. En ese hueco que se ha abierto entre el alma y su fundamento. En esa distancia creciente entre el ser y su vocación trascendente. Cuando Dios deja de ser rostro y mandamiento, cuando se convierte en abstracción o sospecha, el mundo se desordena. La ley pierde carne. La dignidad se vuelve frágil. La justicia se calcula

en términos de utilidad. Y entonces el poder, sin freno, sin oración y sin vergüenza, ocupa el lugar de lo sagrado.

Pero no quiero caer en la nostalgia ni en el juicio. No es ésta una diatriba contra el ateísmo ni una apología del dogma. Es una interrogación sincera: ¿puede una civilización vivir sin una relación viva con el Bien? ¿Puede una cultura sostenerse si no reconoce al otro como un llamado, como una revelación que me convoca a salir de mí?

Me pregunto si las culturas indígenas, las que cruzaron América de norte a sur, sabían algo que hemos olvidado. Si aquellas civilizaciones que no escribieron tratados de política, pero sabían danzar, ofrendar y agradecer, intuyeron una armonía que hoy se nos escapa. Tal vez no eran inocentes, pero al menos no habían renunciado al vínculo con la tierra, con el cosmos, con el otro como portador de misterio.

Y sin embargo, tampoco allí hallamos el remedio absoluto. La historia nos muestra que el ser humano ha sido cruel en todas las latitudes. Que ha sacrificado en nombre de dioses, de imperios, de identidades tribales. La violencia no es exclusiva de Occidente, pero quizá sí su sofisticación y su ceguera tecnificada.

Por eso el totalitarismo no es sólo una forma de gobierno. Es una condición espiritual. Es la clausura del otro como posibilidad. Es el fin de la hospitalidad. El fin de la oración. El momento en que ya nadie se arrodilla ante el misterio, sino que lo administra. El instante en que toda altura se convierte en algoritmo.

Sigo leyendo *El libro de la asfixia* con el corazón abierto. Como quien escucha un eco remoto de advertencia: no se puede vivir sin alma. No se puede legislar sin amor. No se puede organizar la sociedad desde el miedo. O terminaremos todos respirando la misma mentira, creyendo que sobrevivir es suficiente, y que la libertad era un exceso.

Hoy sé que resistir es recordar. Que orar es mantener abierta la comunicación con lo invisible. Que escribir es ofrecerle al otro un lugar donde sentarse sin temor. Que la civilización no comienza por el control, sino por la reverencia.

Tal vez la salvación no esté en retornar al pasado, sino en redescubrir lo que hemos dejado atrás. En ese mandamiento olvidado: amarás a tu prójimo como a ti mismo. Tal vez allí, en ese acto imposible y urgente, comience de nuevo la historia.